

dictada para la defensa. Todo el Estado se convirtió en un vasto campamento en que no se escuchaba más que el ruido de las armas, y podía decirse sin mucha hipérbole, que sólo se pensaba en la guerra y se trabajaba para la guerra. En pocas partes del país se combatió á los invasores con tanta constancia y denuedo como en Sinaloa, cuyos hijos derramaban su sangre en la pelea y prodigaban su dinero en las cajas militares."

Pero á nosotros no nos toca puntualizar todos y cada uno de los sucesos ni loar á cuantos en ellos se distinguieron para bien de la patria, y así, concretamos nuestra narración á los que atañen personal y directamente á la carrera del Gral. Rosales, y esto, por modo rápido y compendioso.

En los primeros días del mes de Diciembre de 1864 el almirante Maui, comandante en Jefe de la armada del Pacífico, dictó sus disposiciones para la ocupación de Culiacán, "considerándola,—son sus propias palabras,—como cosa indispensable al punto de vista político y militar," y entre los recursos puestos en juego con aquel fin, uno de ellos fué el de comisionar á dos amigos personales, aunque contrarios en ideas del General Rosales, para atraerlo á las filas imperiales: D. Jorge Carmona y D. José D. Cortés. Inútil es decir que resultó vano aquél intento, estrellándose en el infranqueable muro del acrisolado patriotismo del jefe republicano las halagadoras promesas de los que en su ceguedad osaron ponerle á prueba.

Palpada entonces la inutilidad de cualquier otro

recurso que ao fuera comprar á sangre y fuego la toma de Culiacán, embarcóse una expedición con rumbo á Altata, compuesta de franceses, suavos y argelinos, y de mexicanos al mando de Carmona y de Cortés. El día 20 recibió Rosales la noticia de que el enemigo había desembarcado en las Salinas, y dispuso al punto salir á encontrarlo con toda la fuerza de que podía disponer. Así lo hizo; pernoctó en San Pedro y al día siguiente, el glorioso 22 de Diciembre, se empeñó el combate en las cercanías del mismo pueblo de San Pedro, que fué teatro, como el jefe vencedor lo asienta en el modesto parte que dió al Ministro de la Guerra, de un hecho de armas que evidencia lo que es capaz de hacer el soldado mexicano cuando se le conduce al combate persuadiéndolo que defiende el decoro de su patria. "La brigada de Sinaloa,—leese en ese parte,—compuesta de poco menos de cuatrocientos hombres, á mi inmediato mando, batió y derrotó á un cuerpo de cerca de quinientos hombre, franceses y mexicanos intervencionistas. Después de más de dos horas de combate sangriento, se obtuvo por la tropa de mi mando el aprisionamiento de noventa y ocho franceses y argelinos, y casi doble número de intervencionistas. Entre los franceses prisioneros se encuentra el comandante del vapor de guerra francés "Lucifer," Gazielle, jefe de la expedición y siete oficiales subalternos. El material de guerra tomado al enemigo, consiste en dos piezas de artillería rayadas, su parque y armas."

En la contestación del Ministro de la Guerra al par-

te de la batalla de San Pedro, se lee lo siguiente: "La gloria que este triunfo da á las armas nacionales y al Estado de Sinaloa, será siempre también una gloria para vd., que se ha honrado en gran manera, siendo el jefe de aquella jornada, y lo será igualmente para todo los jefes, oficiales y soldados que se hallaron en ella. En justo premio del patriotismo, aptitud y valor de vd., el ciudadano Presidente de la República acordó desde la primera noticia conferir á vd. el empleo de General de brigada, cuyo despacho me es satisfactorio remitirle en esta ocasión."

Señalamos en las primeras líneas de este bosquejo biográfico, la generosidad magnánima como dote principalísima entre las que atesoraba D. Antonio Rosales, y es llegado el momento de comprobar tal afirmación.

Una vez obtenido el espléndido triunfo, el Gral. Rosales no lo empeñó con sangrientas venganzas. Por el contrario, á los jefes y oficiales franceses les ahorró con noble delicadeza la pena de formar en la entrada á Culiacán, les dió alojamiento en la Casa de moneda y les dejó en libertad para andar dentro de la ciudad, sin exigirles juramento ni protesta alguna; los heridos fueron curados con gran solicitud, y nadie pudo dejar de tributarle el homenaje del reconocimiento. El Comandante Gazielle, le dió por escrito las gracias *por la conducta caballerosa y benévola* que observó respecto á sus oficiales y soldados prisioneros. En cuanto á los mexicanos, todos de la clase de tropa, fueron perdonados. Desgraciadamente y para mengua de la humanidad, cuando en el mes de Enero de 1865 los france-

ces forzaron el paso del Espinazo del Diablo que divide á Sinaloa de Durango, *todos* los prisioneros,—más de ciento,—que hicieron en el combate, fueron bárbaramente fusilados, incluso un niño de trece años, hijo de D. Juan Quevedo, que era escribiente de campaña del General Corona. ¡Así se pagó la clemencia de Rosales en San Pedro! Así se provocaron, enardeciendo á otros jefes menos dueños de sí mismos, las sangrientas ejecuciones que en uso del derecho de represalia tuvieron lugar de un extremo á otro de la República en los luctuosos días de la guerra contra la Intervención y el Imperio!

Continuando nuestro relato, diremos que en los primeros meses del repetido año de 1865 Rosales estableció en el Norte de Sinaloa una línea militar para poner á los distritos de Mocorito, Sinaloa y Fuerte, á cubierto de cualquiera invasión, é hizo que Cosalá enviara á Culiacán un cuerpo de tropas al mando del teniente coronel D. Cleofas Salmón. En el mes de Marzo, el día 9, el Gral. D. Gaspar Sánchez Ochoa, comisionado por el Presidente Juárez para hacerse cargo del gobierno político y militar del Estado, llegó á Culiacán y puso desde luego en conocimiento del General Rosales el fin que allí le llevaba. Ni por un instante vaciló el vencedor de San Pedro en acatar la suprema disposición, y el mismo día resignó el mando. Acaso otro, ensoberbecido por sus triunfos, viéndose amado de las tropas y del pueblo, habría procedido de distinto modo al ver en su remoción satisfechos los deseos de sus émulos, que eran sin duda alguna los que ha-

bían logrado arrancar aquel acuerdo. No tardó en ver premiada su sabia conducta, pues cinco días después recibió la satisfacción más cumplida en el siguiente oficio del bravo General Sánchez Ochoa:

“He recibido orden superior para entregar el mando de gobernador y comandante militar de este Estado, tan luego como vd. me hiciera formal entrega de dichos cargos, y regresar inmediatamente cerca del supremo gobierno para el desempeño de una importante comisión.

“El C. Presidente de la República me ha transmitido sus facultades para que yo pueda elegir y nombrar legalmente al ciudadano que crea más apto para desempeñar los mandos político y militar del Estado; y ¿quién mejor que vd., que goza de popularidad y que ha conducido á la victoria á los valientes hijos de Sinaloa, puede dirigir el gobierno en estas difíciles circunstancias? Espero que vd., por bien de la patria y de la causa que defendemos, aceptará dichos cargos y seguirá en su desempeño. El supremo Magistrado ratificará muy pronto este nombramiento, pues siempre se dirige por lo que es justo é importante para la defensa nacional.”

El Gral. Rosales, fiel á la religión del deber, volvió á ocupar el puesto que con tanto brillo había desempeñado, y se hizo entonces patente que la rápida evolución que acababa de tener lugar no obedeció más que á las sugerencias de los enemigos del héroe, que le hicieron aparecer ante el Sr. Juárez como indócil á toda jefatura y como substraído á la del gobierno nacional.

Por dicha, la misión delicada del Gral. Sánchez Ochoa no provocó el menor conflicto, gracias al tino con que fué desempeñada.

Días amargos eran por aquel tiempo los de los defensores de la República en Sinaloa, pues sufrieron no pocos descalabros sus caudillos más aguerridos, y como si esto no bastara, un motín militar, de cuyos móviles no es prudente hablar todavía, estalló en Culiacán para eliminar del poder al Gral. Rosales. Gracias á la intervención oficiosa de los amigos de éste, el motín no produjo el resultado que sus autores se habían propuesto, pero sí le desavino para siempre con el General en Jefe del Ejército de Occidente que rehusó imponer un castigo al principal cabecilla. Agriáronse las relaciones entre ambos Jefes, y Rosales á quien no se le ocultaba lo difícil é insostenible de su posición, entregó el mando al General Corona y resolvió ir á prestar sus servicios cerca de la persona del Presidente Juárez, á la sazón en Chihuahua. Detúvose en Mocorito y desde allí envió al Gral. Sánchez Román que le era fiel, para que informara previamente al Sr. Juárez y defendiese ante él su causa. Pero como al propio tiempo el Gral. Corona comisionó con iguales fines á D. Francisco Sepúlveda, Rosales, despechado por las dificultades de su situación, cometió entre otros desaciertos el de pronunciarse contra el nombramiento hecho en la persona del Gral. Rubí para sustituirle. Empero como era leal y como ante todo y sobre todo anhelaba no el medro personal ni la propia gloria, sino el triunfo de la República, celebró una conferencia

con su antagonista Rubí, quien con buen juicio procuró evitar que aquellas desavenencias tomaran mayores proporciones.

Rosales se mantuvo en actitud hostil contra el gobierno local y cuando el Gral. Rubí creyó necesario salir á batirlo, ocurrió un incidente que vino á poner de relieve una vez más el ascendido patriotismo del primero. Sucedió, pues, que poco antes de emprender su marcha de Mocorito á la villa de Sinaloa el Gral. Rubí, vió llegar á dos personas que, en comisión de Rosales, iban á comunicarle que la ciudad de Alamos, en Sonora, estaba amagada por una fuerza francesa; que los pueblos del Yaqui y del Mayo estaban ya sublevados, y que por tales motivos la autoridad política de Alamos le invitaba,—á Rosales,—á tomar parte en la campaña que iba á abrirse; que él estaba dispuesto á marchar á Sonora, deponiendo su actitud hostil contra el gobierno de Rubí, si obtenía seguridades de que serían tratados con benevolencia los pueblos que habían sido amigos de su causa.

Al enemigo puente de plata, dice el antiguo proverbio. Rubí siguió el sabio consejo y aquella tormenta se deshizo; mas ay! en esa época azarosa las tempestades se sucedían y uno de sus rayos iba á aniquilar al intrépido, al leal, al magnánimo Gral. Rosales.

Avanzaba de Alamos para Navajoa, cuando, después de sufrir varias peripecias que no referimos por no extendernos más, se vió precisado á retroceder á Alamos, ocupado ya por numerosas fuerzas imperialistas, en tanto que él sólo contaba con 210 infantes y 70 ca-

ballos. El 23 de Septiembre de 1865 en la tarde llegó á la plaza y encontró que el enemigo la había desalojado; pero al día siguiente se vió acometido por éste en la misma ciudad y después de una breve pero heroica lucha fué completamente derrotado, muriendo él, el doctor Molina, el teniente coronel González y más de ochenta hombres entre oficiales y soldados. ¿A qué referir los pormenores de tan sangriento desastre?

Terminemos con las palabras del historiador de la guerra de Intervención en Sinaloa, el Sr. Buelna: "Este fué, dice, el fin inmerecido del más caballeresco de los defensores de la segunda independencia mexicana, dotado de un valor temerario y de un carácter enérgico felizmente templado con un trato suave y fino y una inteligencia poco común. Era muy buen amigo pero de una susceptibilidad extremada. Había sufrido decepciones que comunicaron á su índole cierto resabio de acritud, lo que ocasionaba que á veces se desahogara en fogosas explosiones de cólera; pero tan consecuente como irritable, pronto cedía á las insinuaciones de la razón, y atemperaba con la templanza su violento proceder."